

sus locas y desastrosas aspiraciones. ¿Qué hubiera sido de Europa y de la civilización moderna, si el materialismo de Federico II no hallara en su camino la entereza del Catolicismo representado por aquellos doctos y santos varones, que sólo con sus armas espirituales hacían vacilar la corona de los emperadores de Alemania, siempre desleales? Aquellas funestas doctrinas, las más hijas de los filósofos de la escuela cordobesa, permanecían en parte latentes entre los ilusos, y fueron el germen que preparó el terreno de los *libre pensadores* y de los partidarios del *libre-examen*, que debía allanar el camino á la reforma de Lutero iniciada por Wiclef y Juan Hus.

La supremacía del Papa sobre todos los poderes, ha sido y aún en el día es, una creencia arraigada entre ciertos filósofos, publicistas y escritores de nota y nombradía. El espíritu moderno quiere introducir una división sistemática, buscando en el Cristianismo, que llama *filosófico*, un elemento de progreso. Esto parece imposible, porque cuanto tiene reconocido como dogmático la Iglesia católica no es discutible, entra en la fe religiosa y en la conciencia individual, y no admite la controversia, que puede y con efecto se establece en todo principio filosófico. La Religión católica no es una secta expuesta á la especulación científica.

El materialismo y el positivismo unicista cubiertos con el manto de la ciencia experimental han pretendido absorber la teología y la psicología, queriendo que se disuelvan en sus ideales, y que marchen al compás de la evolución atea, que por desgracia embarga en estos momentos inteligencias privilegiadas y de primer orden. Entonces tendríamos una nueva construcción cristiana, un Catolicismo vergonzante, una religión, en fin, grosera y materialista, sujeta á los vaivenes de las pasiones y á los cambios teóricos de los estudios científicos; una religión sin dogmas revelados, sin sublimidad, sin ideal, sin esperanza en lo futuro, y, por decirlo de una vez, una religión burocrática y venal.

El Pontífice como sucesor de San Pedro recibió los poderes de Jesucristo, y así como los jefes de la Iglesia cuidan de dirigir las almas en toda la cristiandad, reina también en los cuerpos. Y, como aseguraba el cardenal Damiano: «No pretende absorber el poder temporal; pero tiene derecho de mandar sobre él, cuando convenga al interés de la sociedad.»

El venerable Pontífice que hoy ocupa la silla de San Pedro, acaba de decirlo: «La Iglesia deja á sus hijos toda su libertad de acción en los asuntos puramente políticos, con tal que esa acción esté arreglada por los principios de la justicia y de la moral cristiana.» Tales han sido las palabras solemnes que ha pronunciado la sabiduría de nuestro padre León XIII.

En esta lucha sangrienta entre güelfos y gibelinos, que sólo hemos bos-

quejado, cada partido tuvo sus razones ocultas y sus miras ambiciosas; y mientras los unos buscaban la emancipación del poder civil y la estabilidad de las monarquías, los otros apoyaban al Papado, que sólo defendía la independencia y libertad de la Iglesia católica. Cuando esta Iglesia se halla oprimida por el Estado, no puede ejercer la santa misión que Dios le confiara sobre la humanidad. Los tronos que han pretendido vislumbrar en la Iglesia Romana un poder usurpador, han sido destruidos y hasta aniquilados por otro poder que se ha engendrado al calor de la libertad civil, que se presenta hoy formidable y destructor; y que sólo ve en los reyes unos déspotas enorgullecidos, tiranos usurpadores que destruyen en los festines y en el fausto, la riqueza del pueblo, hija del trabajo y desarrollada con el sudor de su frente.

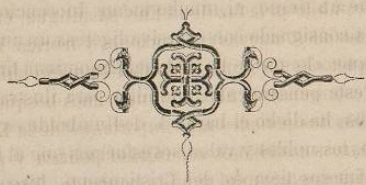
Las contiendas con los emperadores, fueron siempre promovidas por la ambición, la deslealtad y las doctrinas averroistas que á despecho de los Pontífices se inoculaban por Europa.

Los filósofos del siglo décimo octavo ejercieron también contra el Papado una propaganda funesta, que puso en grave expectación á los católicos sinceros. Es preciso que la maledicencia, la desesperación y el encono lanzaran sobre la humanidad aquel germen corruptor, que el tiempo ha incubado para perturbar el orden actual. En la Iglesia católica de la Edad media los papas salieron las más de las veces de la democracia, hijos de modestos artesanos, fueron los que sostuvieron las libertades públicas y los derechos del hombre hollados y escarnecidos por miserables opresores y tiranos. La civilización se ahogaba bajo la argolla de hierro de la anarquía feudal; pero el Papado puso á flote aquella civilización, rompió las cadenas y salvó la sociedad. Ni Hildebrando (Gregorio VII) fué un tirano, ni mucho menos Inocencio III un ambicioso usurpador, como ha consignado con excesiva ligereza un autor moderno. Dice el señor C. Cantú, que: «lo que se ha dado en denominar tiranía de los Papas, estaba fundado en este pensamiento; humillar para ilustrar, no para envilecer.» «Para ser justos, ha dicho el barón A. de Humboldt, es preciso proclamar con reconocimiento, los nobles y valerosos esfuerzos que al fin de la Edad media, como en los primeros tiempos del Cristianismo, hizo el clero en masa para defender los derechos que el hombre tiene de la naturaleza.» El ilustrado protestante señor de Macaulay acaba de decirnos: «el Papado es impercedero.»

Ni las defecciones de los grandes magnates y potentados, ni las ambiciones inconvenientes y peligrosas de reyes y emperadores, ni las atrevidas discusiones y controversias de osados innovadores, ni la misma corrupción del siglo, pudieron alterar en lo más mínimo los dogmas divinos revelados, que son y han sido siempre la base inmutable de la Iglesia de Jesucristo. El siglo XIX ha

querido reivindicar aquellos funestos errores. Los Pontífices han salvado muchas veces a civilización que desbocada corría al abismo, y su influencia y prestigio renacerá, á no dudarlo, (escribimos este capítulo al terminar el año 1881) por el imperio irresistible de las circunstancias. *El Catolicismo es impercedero*, ha dicho también el mismo protestante inglés, señor de Ma-caulay.

Si algo pudiera enaltecer la historia del Papado durante aquellas prolongadas contiendas, será siempre la previsión y el tino como prepararon las primeras cruzadas, que satisfacían á la vez un pensamiento altamente religioso y llenaban una necesidad política y previsor, de trascendental importancia, que salvó el conflicto que amenazaba la existencia de la Europa cristiana, rebajó los bríos á los moros andaluces y sostuvo y dió estabilidad á la religión verdadera amenazada por el poder de la media luna en Oriente. ¿Qué de esfuerzos no tuvo que hacer el Pontificado para que los monarcas, sobre todo los de Francia é Inglaterra, pudieran apaciguar sus rencores á fin de que la paz imperara entre los fieles defensores de la Cristiandad?...



CAPÍTULO IX

EL FEUDALISMO, LOS MUNICIPIOS

LOS ESCOLÁSTICOS Y LAS CRUZADAS

La Edad media.—Su división.—Elementos que contribuyeron á formar la Edad media.—Influencia de la invasión sarracena.—El Catolicismo latino.—San Leandro y San Isidoro.—Las escuelas de Carlo-Magno.—Ilustración de los árabes.—El feudalismo.—Su decadencia.—Los municipios.—El municipio tiene su origen en los romanos.—La escolástica.—Toma nacimiento en las escuelas de Carlo-Magno.—Los nominalistas y los realistas.—Sus contiendas filosóficas hasta Guillermo de Ockam.—La protesta de Carlier de Gersón.—Resultados generales del largo periodo de la Edad media.—Las Cruzadas.—Sus consecuencias.—La Alquimia y los Alquimistas.—En el siglo XIII se fundan varias Universidades.—Notables personajes que se dedicaron á las ciencias en esta época.



PERFECTAMENTE ha dicho el Excelentísimo é Ilustrísimo Señor Arzobispo de Sevilla, R. P. Fr. Zeferino González, que la historia de la Edad media no se ha escrito todavía.

Durante este largo periodo que abraza mil años próximamente, tuvieron lugar grandes y sorprendentes acontecimientos, así religiosos y morales, como políticos y científicos; los cuales cambiaron la faz de la Europa antigua, crearon nuevos intereses sociales, nuevas instituciones y teorías, hipótesis y doctrinas sobre todos los ramos del saber humano también nuevos.

La reconquista de España, que hemos bosquejado, y que comprende los dos periodos más importantes de la Edad media, dió á los monarcas castellanos estabilidad política y poderosa influencia en los negocios del mundo conocido. Prestigio y firmeza que aumentó después de la toma de Granada de una manera portentosa, con los extraordinarios y trascendentales descubrimientos y conquistas de Colón, y las gloriosas hazañas de Cortés, Vasco Núñez de Balboa, Almagro, Pizarro y otros intrépidos españoles.

Los musulmanes vencedores antes en las orillas que riega el Guadi-Becca y vencidos después en las murallas de la codiciada Granada, volviéronse á las candentes playas africanas para sufrir el castigo que la Providencia les tenia reservado.